Universidad Nacional Autónoma de México

Programa Universitario de Estudios de Género

Ciudadanía y Feminismo Popular

Ponencia Presentada en el

VIII Coloquio Anual de Estudios de Género en la UNAM

Mesa: Democracia y Ciudadanía

Coordinada por la Dra. Griselda Gutiérrez Castañeda

Gisela Espinosa Damián
mayo de 1998

Ciudadanía y Feminismo Popular

	Pág.
Presentanción	1
I. El Despegue	3
II. El feminismo popular	14
III. Identidades en conflicto	19
IV. El cambio de terreno	24
V. Ciudadanía y feminismo popular	28
Bibliografía	36

Ciudadanía y Feminismo Popular

Gisela Espinosa*

Presentación

La vertiente popular del movimiento feminista, constituida básicamente por pobladoras de barrios urbanos pobres, campesinas, empleadas y obreras, es el foco de análisis de este ensayo. Aunque no se pretende reconstruir detalladamente la historia del *feminismo popular*, sí se rescatan con cierto orden cronológico algunos momentos clave de su desarrollo y de su relación con otros sujetos sociales y *discursos*: el llamado *feminismo histórico*, que viene de los años setentas; el *feminismo social* construido por organismos no gubernamentales (ONGs) que apoyaron los procesos populares; y los *movimientos sociales* y gremiales con los que las mujeres de sectores populares compartían proyectos de cambio social.

El proceso analizado nos muestra no sólo la diversidad discursiva de los sujetos que están articulándose, sino los procesos de *desconstrucción* y *reconstrucción* de las identidades de quienes participan en el llamado feminismo popular. Es en este dinámico proceso donde, a partir de graves rezagos y carencias sociales y económicas, así como de la subordinación que ha implicado la construcción de lo *femenino* en el mundo popular, se han ido construyendo otros *feminismos* y otras *ciudadanías*. Allí,

* Agradezco los comentarios y críticas de la Dra. Griselda Gutiérrez, así como los de Rosa Elena Bernal, Elsa Conde, Beatriz Gómez, Verónica Ibarra, Lucrecia Infante y Blanca Olivia Peña.

las mujeres de sectores populares enriquecieron y resignificaron su discurso al amalgamar las dimensiones socioeconómica, de género y política.

Las particularidades que encierra este proceso podrían ubicarse en la perspectiva de una *democracia radical* que, sin renunciar a los criterios universales de igualdad den cabida a la diferencia. Sin embargo, el proceso nos muestra también que la democracia radical es apenas un horizonte, un *imaginario político* que puede guiar las *formaciones discursivas*, pero que su curso no es lineal ni ascendente, sino que está sembrado de retos y contradicciones que surcan un sendero zigzagueante.

Mi aproximación al tema tuvo varias rutas: por un lado, mi participación temporal en CIDHAL,[1] ONG pionera en el trabajo con mujeres de sectores populares desde una perspectiva feminista; por otro, mi cercanía a diversos grupos de la izquierda mexicana en los que participaban muchas de las protagonistas; y finalmente, un interés académico-político que me ha llevado a rescatar y escribir la experiencia de diversos procesos sociales que implicaron cambios en las identidades y las relaciones genéricas.[2] En este sentido, el ensayo amplía y sintetiza un proceso de reflexión e investigación relativamente largo, a la vez que ofrece otra lectura a la luz de nuevos conceptos.

---

[1] CIDHAL: Comunicación Intercambio y Desarrollo Humano en América Latina, trabajó desde 1977 con mujeres de sectores populares, me incorporé a su equipo en la Ciudad de México entre 1983 y 1985.

[2] Los estudios incluyen diversos temas: la experiencia de CIDHAL 1977-1985 (Espinosa y Paz Paredes, 1988); el análisis de un taller de sexualidad en un colectivo urbano popular (1990); la historia de la Regional de Mujeres de la Conamup 1983-1985 (1992); la relación entre el movimiento feminista y los movimientos de mujeres (Espinosa y Sánchez, 1992); la participación social y ciudadana de las mujeres del MUP (en prensa).

Aun cuando varios los autores iluminan esta interpretación, la perspectiva teórica que sugieren Laclau y Mouffe (1987) sobre los procesos de construcción de las *identidades*, de las formaciones *práctico-discursivas* y de un horizonte *democrático radical* que implica necesariamente una actitud *pluralista*; así como la postura de Mouffe sobre *ciudadanía* (1993) y el sugerente desarrollo que sobre el mismo tema ofrece Gutiérrez (en prensa), aportan algunos de los ejes analíticos que han guiado la elaboración de este texto.

I. El despegue

En los primeros años ochenta, los colectivos y grupos de mujeres que diez años antes habían dado vida a un nuevo movimiento feminista mexicano, vivían un momento de reflujo y dispersión, de búsqueda y desconcierto. Las formas de organización y acción que el naciente movimiento se había dado mostraban sus límites, y los llamados "grupos de autoconciencia"[3] no sólo no se multiplicaban ni crecían, sino que sus diferentes ópticas sobre alianzas y tácticas políticas para lograr la despenalización del aborto, así como el fracaso de las vías adoptadas para impulsar esta demanda, fracturaron los frentes y convergencias que se habían constituido al final de los setenta, desalentando las acciones unitarias.[4]

---

[3] Pequeños colectivos donde las mujeres reconstruían y compartían su historia y analizaban críticamente la experiencia personal de "ser mujer".

[4] La Coalición de Mujeres (1976) acuerpó a los pequeños grupos que existían en esos años y consensó como ejes del movimiento la lucha contra la violencia hacia las mujeres y la lucha por la despenalización y gratuidad del aborto; el Frente Nacional de Liberación de la Mujer (1979) nucleó a grupos feministas y militantes de algunos partidos y sindicatos, formuló una plataforma más amplia que incluía demandas por la igualdad política y legal de las mujeres, derecho al trabajo, autonomía sobre el cuerpo y la sexualidad, seguridad

La dificultad para extenderse y coordinarse era sólo uno de los saldos de la lucha desarrollada durante una década. Resultados menos tangibles pero no menos importantes estaban emergiendo en otros espacios y sectores sociales, pues si en los setenta las agrupaciones feministas lograron convocar a reducidos núcleos de una clase media ilustrada, al comenzar la nueva década serían mujeres trabajadoras, campesinas y colonas quienes darían un nuevo aire y otras perspectivas a la movilización femenina.

El surgimiento de lo que más adelante sería llamado "feminismo popular" estuvo marcado por la agudización de la crisis y la llamada feminización de la pobreza, e incluso por políticas sociales que dieron cobertura a ciertas demandas femeninas;[5] pero los emergentes grupos de mujeres en lucha por reivindicaciones sociales, difícilmente habrían rebasado una relación clientelar y corporativa con el Estado si el feminismo y la izquierda no hubieran incidido en su proceso.

La difusión que las feministas de los setentas habían hecho sobre algunos temas, problemas y demandas de las mujeres había permeado ya a amplias capas sociales, sobre todo en las ciudades. Ciertamente, a los sectores populares llegó un discurso fragmentado y en parte tergiversado sobre el feminismo. Pero la base social del *feminismo popular* no se desarrolló espontáneamente ni en el pueblo en general, sino entre amplios

---

social, reconocimiento al trabajo doméstico, así como un proyecto de ley sobre maternidad voluntaria y despenalización del aborto que fue presentado en la Cámara de Diputados por la Coalición de Izquierda Parlamentaria, pero nunca tuvo respuesta. (Espinosa y Sánchez, 1992: 11-17)

[5] Los programas de subsidios al consumo y al abasto manejados por Conasupo y el DIF, primero, y a finales de la década algunos proyectos de Pronasol, crearon espacios de negociación entre diversos núcleos femeninos y el Estado.

núcleos de mujeres que tenían cierto grado y tipo de organización. En realidad, el acceso del feminismo a los sectores populares estuvo mediado, sobre todo, por militantes de organizaciones de izquierda y por algunos grupos cercanos a la "teología de la liberación", vinculados también y estrechamente con una parte de la izquierda.

Muchas de las promotoras de las primeras reuniones y discusiones sobre "la problemática de la mujer" que involucraron a colonas, campesinas o trabajadoras, eran militantes sensibilizadas o feministas insertas en los grupos de izquierda y en las agrupaciones sociales. Así por ejemplo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el Partido Comunista Mexicano y el Partido Mexicano de los Trabajadores alojaban a muchas feministas formadas en los años setenta;[6] en cambio, el Movimiento Revolucionario del Pueblo, la Organización de Izquierda Revolucionaria "línea de masas" y Punto Crítico, contaban con pocas feministas, pero ya en los años ochenta muchas de sus militantes cuestionaban la política de sus organizaciones hacia las mujeres.[7]

Este malestar, inquietud y búsqueda de muchas militantes de izquierda insertas en organizaciones populares, no pudo articularse a las inquietudes y búsquedas del movimiento feminista que venía de los años setenta, pues aún cuando entre

---

[6] Algunas conocidas feministas de hoy, como Patricia Mercado, Elena Tapia, Amalia García y otras, fueron militantes de partidos y organizaciones de izquierda.

[7] En la OIR-LM por ejemplo, apenas en 1982 se constituyó la primera célula de mujeres que rápidamente empezó a cuestionar las formas en que se trabajaba con las colonas y las esposas de obreros; en el MRP -con gran influencia en la Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero- se generaron conflictos por la orientación feminista desarrollada con mujeres de esta Unión.

1981 y 1985 se realizaron cinco encuentros feministas, y se crearon nuevas instancias como la Coordinadora de Grupos Autónomos Feministas (1982) y la Red Nacional de Mujeres (1983), los grupos y redes se mostraron incapaces de reorganizarse y vincularse efectivamente con otros movimientos (Lamas, 1992:556). Varias feministas de los setentas se engancharon paulatinamente al proceso popular, pero el grueso del movimiento feminista se conservó orgánica y políticamente separado de los emergentes movimientos de mujeres de sectores populares. Sólo unas cuantas feministas organizadas -al comenzar la década sólo CIDHAL-[8] se volcaron a un trabajo popular y se vincularon a militantes de izquierda que intentaban incorporar a su quehacer político la problemática de las mujeres.

Tuñón (1997,69), dice que al comenzar los ochenta "muchos grupos de autoconciencia... se transformaron en asociaciones civiles y ONGs, que operan en el mundo popular... (y muchas feministas) decidieron incorporarse a diversos partidos políticos..." e intentaron influir en los postulados y prácticas de éstos. Algunos de los procesos señalados por Tuñón sólo son ciertos si se visualiza la década en su conjunto, otros nunca llegaron a ocurrir, y unos más siguieron un curso inverso al sugerido.

---

[8] La historia de CIDHAL de aquellos años (1977-1984) coincide casi exactamente con el curso y la geografía de los movimientos de mujeres del pueblo (Espinosa y Paz Paredes, 1988). Al comenzar los ochentas, otras asociaciones civiles trabajaban en sectores populares (Equipo Pueblo, Mujeres Para el Diálogo, Comunidades Eclesiales de Base, por ejemplo) pero no focalizaban a las mujeres como su sujeto prioritario o no asumían explícitamente una postura crítica ante las relaciones de género.

Si focalizamos el despegue del proceso habría que rescatar otros elementos, pues prácticamente ningún grupo de autoconciencia se transformó en ONG de apoyo a las mujeres del pueblo. En los primeros años tampoco fue decisiva la incorporación de feministas a los partidos políticos, algunas asumieron el feminismo sin salir de ellos y otras ya estaban allí. En cambio, muchas dejaron sus agrupaciones políticas (fue el caso de la célula de mujeres de la OIR-LM, pero también de reconocidas feministas del PRT y de muchas del PC) precisamente porque éstas dificultaban su trabajo y les impedían libertad de acción ante los nuevos retos que planteaba el emergente movimiento de mujeres. Justamente en la primera mitad de los ochenta, ex-militantes de diversas agrupaciones políticas (PRT, OIR-LM, MRP, PC, Marxistas Feministas) y CIDHAL empezaron a realizar trabajos conjuntos y a establecer alianzas impensables entre sus partidos y organizaciones de origen, pues la nueva amalgama izquierda-feminismo priorizó el desarrollo del movimiento y la posibilidad de construir estructuras femeninas populares incluyentes para el conjunto de la izquierda.

La convergencia entre una corriente de militantes de izquierda con inquietudes o posturas feministas y con arraigo en organizaciones sociales y gremiales, y un grupo de feministas con un compromiso social[9] potenció el <u>despegue</u> del *feminismo popular*. Así, en el arranque, más que una alianza orgánica o una "ida al

---

[9] A fines de los setenta y principios de los ochenta, CIDHAL era apenas un puñado de mujeres, algunas ligadas a comunidades eclesiales de base, otras al PCM o al PRT, pero el trabajo institucional -pese a las lealtades políticas personales-, se vinculó con el conjunto de la izquierda mexicana desde una postura incluyente y plural (Espinosa, 1988).

pueblo" de las feministas, llegaron ideas y ejes de discusión (como trabajo doméstico, sexualidad y violencia)[10] a los que las mujeres de sectores populares dieron nuevos significados y a los que añadieron otros temas relevantes para ellas: trabajo asalariado y vida sindical; mujer, tenencia de la tierra y comunidad rural; ciudad y mujer; y participación política de la mujer. El discurso que empezó a construirse en los sectores populares estaba atravesado por otras experiencias y problemas femeninos, pero también por perspectivas de cambio que no sólo intentaban modificar las relaciones de género.

Más o menos a la mitad de la década, se habían constituido algunas otras ONGs que trabajaban en los sectores populares con un enfoque feminista y un compromiso social.[11] Su convergencia con una izquierda volcada a gestar procesos de organización y lucha social y gremial en la perspectiva de una acumulación de fuerzas para un futuro revolucionario y socialista, fue fructífera pero conflictiva, pues al mismo tiempo en que la izquierda potenció la fuerza y magnitud del nuevo movimiento de mujeres, que aportó una base social relativamente organizada que constituyó el embrión y

---

[10] Los métodos de trabajo empleados primero por CIDHAL y adoptados después por la mayoría de ONGs vinculadas a sectores populares, fueron decisivos para vencer prejuicios y resistencias y para gestar un discurso popular sobre la problemática de las mujeres, pues en lugar de una política doctrinaria se priorizó la discusión de los temas con métodos participativos de educación popular. Los núcleos de mujeres sentían que estaban construyendo su discurso, y así era, cosa que no ocurría en muchas de sus organizaciones sociales o políticas, donde pocas mujeres tomaban la palabra y donde, más o menos, había una doctrina que aprender (Espinosa y Paz Paredes, 1988).

[11] Entre las ONGs que fueron constituyéndose en el Valle de México en esos años y que priorizaron su trabajo con las mujeres de sectores populares se encuentran: Acción Popular de Integración Social (APIS), el Centro de Apoyo a Mujeres Violadas (CAMVAC) que luego daría lugar al Centro de Orientación Contra la Violencia (COVAC), el Equipo de Mujeres en Acción Solidaria (EMAS), Grupo de Educación para Mujeres (GEM) y Mujeres en Acción Sindical (MAS). Ninguna de estas ONGs tuvo como origen un grupo de autoconciencia; en ellas confluyeron mujeres comprometidas con la lucha social que a la vez tenían una postura crítica ante las relaciones de género.

el esqueleto del *feminismo popular*, e impidió que el corporativismo oficial se adueñara de los procesos femeninos; también marcó el discurso de los emergentes movimientos de mujeres, con una perspectiva de clase reticente y prejuiciosa ante el feminismo, desde ahí, la ideología de la izquierda influyó en los conflictos y tensiones entre el feminismo y muchos núcleos de mujeres de los sectores populares.

También en la primera mitad de los ochenta se fueron multiplicando los grupos populares femeninos que incorporaron a sus agendas la "problemática de la mujer".[12] En ese periodo, el apoyo de las ONGs que hacían trabajo popular se vinculó a las estructuras locales, sectoriales y sociales construidas por la izquierda,[13] y las primeras redes de organización popular femenina, fueron prácticamente un desdoblamiento de aquellas. Así, las mujeres de las coordinadoras sindicales, de la Conamup, del FNCR y de la CNPA,[14] dieron luz a la Coordinadora de Mujeres Trabajadoras (1981), a la Regional de Mujeres de la Conamup (1983), al Foro de la Mujer (del FNCR) (1984) y a la Coordinadora de Mujeres de la CNPA (1986); al mismo tiempo, los conflictos de

---

[12] En aquellos años, en los sectores populares no se hablaba explícitamente de feminismo, era una táctica implícita para impedir que el prejuicio antifeminista de las organizaciones sociales y gremiales en que participaban las mujeres desmantelara sus incipientes colectivos y acciones. Hablar de la problemática de la mujer "neutralizaba" el tema.

[13] A diferencia de Tuñón (1997:69), que prácticamente no otorga ningún papel a las organizaciones y alianzas construidas por la izquierda de los años setenta en la emergencia de un movimiento amplio de mujeres (MAM), yo creo que el curso, la fuerza y la magnitud del feminismo popular (la vertiente del MAM más vigorosa de los ochentas), serían impensables sin la izquierda, no porque ésta fuera feminista, sino porque sus estructuras y redes políticas se convirtieron en su eje articulador. Las feministas por sí solas difícilmente habrían construido con tanta celeridad una base social y redes como las que surgen en esta década.

[14] Conamup: Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular; CNPA: Coordinadora Nacional Plan de Ayala; FNCR: Frente Nacional Contra la Represión.

la izquierda influyeron decisivamente en los procesos femeninos, así por ejemplo, las diferencias internas del Conamup y de la CNPA se tradujeron en el retiro de las mujeres del MRP de la Regional de Mujeres y en la disolución de la Coordinadora de Mujeres de la CNPA (Espinosa y Sánchez, 1992).

Otras experiencias populares femeninas ligadas a la izquierda surgieron en aquella época, pero muy pocas instancias de coordinación lograron mantenerse en el mediano plazo. Y es que aún cuando las reflexiones permitieron visualizar problemas comunes en el mundo privado y en el espacio social, lo popular tampoco era homogéneo,[15] las condiciones eran tan diversas, y la "problemática de la mujer" adquiría tantas peculiaridades y se articulaba a tan variadas condiciones que difícilmente se sostenía la posibilidad de una instancia común. No sólo había diferencias entre feministas y mujeres de sectores populares, sino entre estas últimas, de modo que el movimiento se hizo más heterogéneo, complejo y rico que en los setentas, y se dificultaron las tendencias unificadoras, pues la diversidad no condujo de inmediato al pluralismo.[16]

---

[15] En diversas reuniones y encuentros se ubicó la desigualdad y opresión en el seno familiar como un campo de identidad general: campesinas, trabajadoras y colonas se descubrieron como trabajadoras domésticas sin pago ni reconocimiento, como mujeres que desconocían sus cuerpos y no tenían decisión sobre ellos, sobre su sexualidad, su maternidad ni sus vidas; el papel de madres, esposas y amas de casa resultó ser un gran campo de identidad, sin embargo, adquiría distintas connotaciones en los mundos rural y urbano, y aún dentro de éste había diferencias abismales entre los distintos sectores de mujeres. Otros elementos de identidad se vincularon al papel que jugaban en sus organizaciones sociales y gremiales, donde, pese a un discurso democrático, su acceso a la dirección era muy difícil; se descubrieron subordinadas, cuando no menospreciadas o ignoradas por sus compañeros; no existían como grupo específico reconocido por sus organismos, lo cual dificultaba la resolución de sus rezagos y de sus problemas de género (Espinosa y Sánchez, 1992:22).

[16] Gutiérrez señala que "pluralismo no es la mera profusión de posiciones diversas, sino el reconocimiento de la legitimidad de las diversas posturas y su derecho a afirmarse en un terreno común. Lo cual no excluye el conflicto, pero lo intenta procesar

Tan es así, que en ese entonces se fueron gestando tensiones y conflictos entre los movimientos de mujeres de sectores y populares y el movimiento feminista. Aquellas visualizaban a éste como un todo homogéneno. Nada más ajeno a la realidad, pues amén de diferencias grupales y hasta personales, entre los grupos autoasumidos como feministas coexistían cuando menos dos vertientes: el *feminismo histórico*, cuyas concepciones, acciones y liderazgos se venían construyendo desde los setentas; y el *feminismo social* de las ONGs, que compartía con aquel un enfoque feminista en el análisis de las relaciones hombre-mujer, pero volcaba su acción hacia los sectores populares.

Cuando las ONGs iniciaron su trabajo en los sectores populares, muchos grupos feministas de la vertiente histórica se entusiasmaron ante la posibilidad de que una base social tan amplia como la movilizada por la Regional de Mujeres de la Conamup, por ejemplo, asumiera sus demandas formara parte de él. Pero las colonas estaban construyendo otro discurso: descubrían nuevas reivindicaciones, y dotaban de una carga genérica a las demandas "históricas" del MUP y al discurso socialista que compartían con sus organizaciones mixtas. Este desencuentro se manifestó por ejemplo en 1984, cuando por primera vez las mujeres del MUP se sumaron a la celebración del 8 de marzo y convirtieron en masivo un acto que en años anteriores sólo convocaba a un puñado de mujeres; sin embargo, en vez de que las colonas apoyaran las tradicionales demandas feministas, protestaron

---

civilizadamente mediante reglas del juego, posibilitando que el "enemigo" al que naturalmente se elimina, se trastoque en un oponente con el que se compite y negocia" (en prensa:2).

contra la carestía de la vida y presentaron un pliego petitorio ante la Secretaría de Comercio.

Las feministas no sólo encontraron reticencias a sus demandas, sino a su apelativo: las mujeres del pueblo no querían llamarse *feministas*.[17] Su deslinde obedecía básicamente a dos cuestiones: por un lado, identificaban al feminismo con la lucha contra los hombres, el libertinaje sexual, el lesbianismo y el aborto; por otro, pese al incipiente desarrollo de su proceso, temían que sus compañeros las acusaran de divisionistas y pequeño burguesas, pues el discurso de la izquierda priorizaba la lucha contra el capitalismo y las alianzas "de clase".[18] Muchas feministas tampoco comprendían cuál podría ser la subversión genérica de amplios colectivos populares que, en lugar de cuestionar el rol social asignado a las mujeres (madres y amas de casa), realizaban acciones colectivas que parecían reafirmar su función reproductora (demandas por subsidios al consumo, abasto popular, etc.).

El camino abierto por el *feminismo histórico* contribuyó decididamente al desarrollo de las experiencias populares de los años ochenta, pero las mujeres de estos nuevos movimientos no se reconocían en las pioneras y, finalmente, muchas feministas de la vertiente *histórica*, tampoco encontraron lazos de identidad que

---

[17] En poco tiempo, el deslinde en torno al feminismo no sólo provino de las mujeres de sectores populares, sino de las propias feministas que se resistían a incluir en el movimiento a las mujeres de sectores populares.

[18] Tal vez otro elemento que incidió en este deslinde fue la acción de las ONGs, pues para evitar una confrontación con una izquierda más o menos antifeminista, muchas integrantes de ONGs evitaron explicitar su feminismo y hasta nombrarlo. Entre los sectores populares se generalizó la reflexión sobre la *problemática de la mujer* y la elaboración de pliegos petitorios y demandas de *mujeres*.

las acercaran a éstas, tal vez esa exigencia mutua de identidad orgánica y política era parte del problema, pues un posible entendimiento no tendría porqué suponer identidades ni discursos únicos y homogéneos. Así, dos vertientes potencialmente convergentes siguieron cursos paralelos y, aunque algunas fechas como el 8 de marzo, el 10 de mayo y el 25 de noviembre lograron convocar a todas y realizar actos comunes, en ellos estuvieron juntas pero no revueltas, cada una siguió su curso.

Las feministas de ONGs se convirtieron en un frágil y complejo puente de relación entre ambos polos, pues intentaron amalgamar el *feminismo* con lo *social*, más bien con lo popular. Y este intento apuntó a la construcción de una nueva dimensión del feminismo y de una nueva dimensión de lo social, que no satisfizo ni a las feministas ni a las mujeres de sectores populares, pero sin la cual difícilmente habrían existido el feminismo popular y el movimiento amplio de mujeres. En los ochenta, las ONGs estaban entre la espada y la pared, pues muchos grupos feministas sintieron que era demasiado el sacrificio ideológico exigido por un trabajo popular que, para colmo, no fortalecía la lucha por sus demandas históricas; por otro lado, pese a que los grupos populares recibían su apoyo, tenían recelos, las veían como parte de un movimiento feminista, con el que no sentían compartir un proyecto social; además, a mediados de la década, la disputa por recursos financieros[19] y el peso distinto que los grupos populares

[19] Me refieró a los provenientes de agencias y fundaciones internacionales, que por esa época priorizaron proyectos de mujeres que permitieron la manutención e *institucionalización* de un amplio sector del feminismo. Muchos grupos femeninos populares no comprendían por qué las ONGs recibían dinero para realizar un trabajo que recaía fundamentalmente en las propias mujeres populares, ni por qué, mientras ellas tenían

y las ONGs otorgaban a las demandas y alianzas "de género" o "de clase", tensaron aún más sus relaciones.

II. El feminismo popular

Varios factores fueron modificándose y modificando la identidad de las mujeres de la vertiente popular y su relación con el feminismo: la acción participativa y civilista de los nuevos movimientos sociales urbanos surgidos a raíz de los sismos de 1985 mostraron los límites del discurso maximalista de la izquierda y aproximaron a un amplio sector del feminismo organizado -más bien reorganizado en esa coyuntura- con las costureras y con las mujeres de las emergentes organizaciones urbanas. En estos movimientos se experimentó una nueva forma de vinculación social y política entre unas y otras, facilitada por la solidaridad que despertó la tragedia, por una mayor receptividad ante el feminismo, y también porque muchas feministas eran más sensibles a la problemática social. Sin embargo, allí salieron a relucir nuevas diferencias, sobre todo entre las ONGs, cuyos conflictos se trasladaron, por ejemplo, al Sindicato de Costureras 19 de Septiembre.

En esa época, el feminismo también se abrió paso gracias a la relación que las mujeres populares tuvieron con experiencias de grupos de América Latina y Estados Unidos, en las que

---

dificultades para pagar, por ejemplo, el transporte de los desayunos escolares del DIF a sus colonias, las feministas de ONGs recibían salarios y tenían transporte para ir a sus comunidades.

indígenas, pobladoras, trabajadoras y chicanas, se asumían explícitamente como feministas sin renunciar a sus objetivos sociales y políticos.

Su propio proceso también fue decisivo en la construcción del *feminismo popular*, pues aunque los motores de su acción y sus demandas no partieron de un cuestionamiento al rol tradicional de las mujeres (como las feministas), sino a la imposibilidad de cumplirlo plenamente, y fue sobre todo desde la función de madres y amas de casa que irrumpieron en el espacio social y desarrollaron acciones colectivas, tratar de cumplir sus roles condujo a subvertirlos en un tenso proceso. Tuvieron que vencer muchos obstáculos de género para poder actuar como mujeres: salir de casa fue un paso difícil: muchas compartían la idea de que ese era su lugar, en ese sentido, la primera victoria se libró internamente, frente a sí mismas; pero en seguida tuvieron que vencer la oposición y violencia de sus maridos, padres, hijos, suegras, madres; y, a medida que avanzaba su proceso organizativo y de acción, también tuvieron que convencer a los "camaradas" de que su lucha no dividía al movimiento y no era pequeñoburguesa.

Así que demandar *tortibonos*[20] o desayunos escolares, recursos para la salud o para la vivienda, implicó *desconstruir* una identidad genérica y empezar a definir otra imagen de mujer. La participación social de las mujeres populares obligó a muchos núcleos familiares a redefinir los lugares y funciones de sus miembros, compartiendo con más equidad el trabajo doméstico y la vida pública, aunque en otros casos, obligó a las mujeres a

[20] Bonos que podían canjearse por tortilla subsidiada.

asumir dobles o triples jornadas de trabajo: la doméstica, la salarial y la política.

En términos generales, los conflictos de género intrafamiliares implicaron rupturas conyugales para muchas dirigentes, pero la mayoría de "las bases" trataron de negociar su participación social con la pareja, pues en la crisis no era fácil la subsistencia sin maridos y el estigma de las abandonadas tampoco es fácil de sobrellevar en el mundo popular. En un lento y conflictivo proceso surgieron nuevos liderazgos femeninos que actuaron en los espacios informales de la política.

Estos efectos de la participación social de las mujeres se asociaron a un discurso claramente feminista construido en cientos de talleres, encuentros y reuniones donde, casi siempre apoyadas por ONGs, discutieron una gran diversidad de temas: trabajo doméstico, trabajo asalariado, trabajo rural, sexualidad y violencia fueron los más socorridos, pero también se abordaron problemas de salud, la "educación sexista de los hijos", la participación social y política de las mujeres, su dificultad para acceder a las direcciones y la "opresión de la mujer". De este abanico de problemas surgió también un abanico de ideas y propuestas, a veces difíciles de llevar a la práctica, pues las mujeres se movían en varios *campos discursivos* y antagonizaban con diversos sujetos, de esta diversidad de posiciones surgía también una diversidad de negociaciones y posibilidades de cambio. El carácter multifacético de la problemática de las mujeres dio origen a una multiplicidad de luchas en espacios

diferentes y también a una multiplicidad de resultados, no siempre coherentes o satisfactorios.

De todas formas, el proceso zigzagueante y desigual de las mujeres de sectores populares conmocionó la vida de muchas y las relaciones entre los géneros en todos los espacios: en la familia, en las organizaciones sociales y gremiales y en las comunidades donde participaron. Al igual que las feministas, estas mujeres convirtieron lo personal en político, y politizaron y socializaron parte de sus asuntos privados, redefiniendo con ello los espacios de lo *público* y lo *privado* y la relación entre ambas esferas. Profundizaron el concepto de *democracia* y cuestionaron la visión *reduccionista* de la izquierda, al incorporar paulatinamente los problemas de género a los procesos de democratización social o gremial, y ampliaron los espacios y dimensiones de *lo político* y *la política*.

Todo ello abonó el terreno para que, en la segunda mitad de los ochenta, varios núcleos populares femeninos acuñaran el concepto *feminismo popular*, cuyo uso se extendió rápidamente pero que en rigor no podría aplicarse a cualquier movilización femenina de los sectores populares. Algunas integrantes de la Regional de Mujeres señalan que esta asunción pública implicó el reconocimiento de que su lucha era también por transformar las "relaciones de opresión entre hombres y mujeres", y que lo "popular" destaca no tanto su origen, sino la idea de que el cambio social se haría junto con el pueblo.

Obviamente, quienes acuñaron y asumieron explícitamente el concepto constituyeron el corazón de esta vertiente del

movimiento, pero muchos otros núcleos de sectores populares participaban en procesos de cambio positivo en las relaciones de género y asumían la idea de un cambio social con un protagonismo popular. En este sentido, si no toda movilización femenina con composición popular se inscribe en la corriente del *feminismo popular*, tampoco están excluidas todas aquellas que ignoraron el concepto.[21] Pues cuando el cambio social incorpora la reflexión y búsqueda de cambios positivos en las relaciones entre los géneros, los contenidos reales del proceso resultan más significativos que el nombre.

Este feminismo acotado no tuvo tan buena acogida: en el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en México en 1987, la presencia masiva de mujeres de sectores populares "fue interpretada por importantes sectores feministas como una pérdida de identidad y como un menoscabo de la radicalidad del proyecto feminista. Así, mientras algunos grupos percibían que la dimensión clasista había invadido y tendía a desvirtuar la arena propia de lucha contra las asimetrías en las relaciones de género, otros aplaudían la gran penetración lograda por la perspectiva feminista en el campo de lucha del continente" (Tuñón, 1997:75). Estas divergencias se expresaron en la realización virtual de dos encuentros paralelos y en el hecho de

[21] Tovar (1997) y Vázquez (1989), refiriéndose a las mujeres del MUP, señalan que la identidad feminista sólo fue prerrogativa de una élite: las dirigentas. Disiento de esta postura, pues si en efecto fueron las lideresas (y no todas) quiénes se involucraron en la discusión del concepto y lo asumieron como propio, los procesos de reflexión crítica sobre las relaciones de género, y los cambios en éstas, abarcaron a colectivos muy amplios -no sólo a las lideresas-, precisamente en el MUP, pero también en un sinfín de núcleos rurales y entre empleadas y obreras de diversas ciudades.

que las ONGs ligadas a procesos populares se convirtieron en vértice y receptáculo de las críticas de unas y otras.[22]

III. Identidades en conflicto

El desencuentro entre el *feminismo histórico* y el *feminismo popular*, pone de manifiesto los difíciles caminos de construcción o de transición a la democracia, pues si ambas vertientes son potencialmente convergentes porque resisten y luchan contra distintas formas de subordinación, opresión y exclusión, porque sus discursos tienden a democratizar las relaciones sociales y desde distintas trincheras luchan contra la desigualdad, ellas rehuyen el encuentro y, aunque indudablemente ejercieron una mutua influencia y también mutuamente se iluminaron "puntos ciegos", siguieron caminos paralelos y establecieron relaciones conflictivas y excluyentes. Estas dos vertientes del feminismo ampliaron y profundizaron el concepto de democracia, pero se resistían a radicalizarlo.

Siguiendo a Mouffe creemos que la construcción de una *democracia radical* exige el reconocimiento de las diferencias: lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo (Mouffe, 19?:86). En esta breve y apretada historia, las dos vertientes del feminismo

---

[22] El grupo de las cinco (CIDHAL, EMAS, GEM, APIS y el MAS), indudablemente el más comprometido con los procesos populares femeninos en el Valle de México, había sido colocado en el "banquillo de los acusados" en un severo y, creo yo, sectario "juicio al feminismo" que la Regional de Mujeres de la CONAMUP había hecho en un taller preparatorio del Encuentro de Taxco. Paradójicamente, esta misma reflexión condujo a que la dirigencia de la Regional acuñara el concepto *feminismo popular* y se asumiera como parte de él. Por otro lado, en esos mismos tiempos, muchas feministas de la vertiente histórica usaban un tono peyorativo al referirse al grupo de las cinco como "las populáricas", para marcar una diferencia entre los feminismos.

muestran sus diferencias, pero no las aceptan ni se reconocen. Unas sospechan que si las otras no asumen explícitamente las principales demandas del feminismo (despenalización del aborto, libertad de opción sexual, rechazo a la violencia hacia las mujeres) no son feministas ni podrán transformar positivamente las relaciones de género. Otras sospechan que si las unas no se asimilan a "la clase" ni asumen sus reivindicaciones socioeconómicas, no podrán sentar las bases para un cambio social democrático ni transformar positivamente las relaciones entre explotadores y explotados. Un *esencialismo* de género o de clase necesariamente excluyente, se halla en el fondo de las dos posturas y dificulta la construcción de una nueva *hegemonía* y de una *democracia radical*. La *descontrucción* de estas *identidades esencialistas* hubiera sido condición para una comprensión adecuada de la variedad de relaciones sociales de donde surgen las distintas formas de opresión y las respectivas aspiraciones libertarias y donde se habrían de aplicar los principios de igualdad y libertad (Mouffe, 1993:6).

Ciertamente, los procesos protagonizados por las vertientes a que hemos hecho referencia muestran que el sujeto (individual o social) puede actuar en distintos escenarios, dialogar con diversos interlocutores y ubicarse en distintas posiciones, de modo que su *discurso*,[23] permeado por una diversidad de procesos,

[23] Aquí, siguiendo a Laclau y Mouffe (1987:122-125), entendemos que una *formación discursiva* no puede consistir en meros fenómenos lingüísticos, sino que debe atravesar el espeso material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura. Los juegos lingüísticos se encadenan con acciones estableciendo secuencias relacionales. Ambos constituyen la *práctica discursiva*. En este sentido, cuando hablamos de *discurso* nos referimos no sólo a los postulados verbales sino a las acciones y proyectos del movimiento.

elementos y momentos, alcanza cierta unidad y regularidad, pero nunca llega a suturar completamente, ni a fijarse de manera total, sino que está inevitablemente abierto a nuevos elementos, sujeto a la contingencia y al cambio. El *discurso* multifacético y cambiante que surge de esta dinámica, puede anclarse en ciertos *puntos nodales*, a torno a algunos significados que inciden centralmente en la identidad del sujeto y que le permiten dar relativa coherencia, unidad y permanencia a los elementos dispersos y móviles que van construyendo su *discurso*.

Esta complejidad implica la posibilidad de que un mismo sujeto juegue papeles aparentemente contrapuestos: las mujeres de sectores populares, aparecen como amenazantes feministas frente a unos (sus organizaciones sociales) y como "mujeristas"[24] para otras (el *feminismo histórico*); a las ONGs les ocurre algo semejante: las mujeres populares las desdeñaban por feministas, las feministas históricas las rechazaban por tibias.

Aún cuando las posiciones se polarizaron y las actitudes de unas y otras contribuyeron a esquematizar el conflicto (las feministas identificadas por el género, las populares por la clase) podríamos decir que dentro de cada vertiente se jugaba el conflicto: las feministas intentaban incorporar una dimensión social y económica a su discurso, mientras las populares incorporaban una dimensión genérica al suyo. La articulación que pese a la resistencia se va desarrollando, muestra identidades sociales inestables que se fijan parcialmente pero nunca de

---

[24] Término con que se denominó a las acciones protagonizadas por mujeres que no se asumían explícitamente como feministas.

manera total y que se ubican en un sistema abierto a las diferencias. Una visión dinámica de las posiciones, identidades y discursos del sujeto, permitiría visualizar la construcción de un *feminismo diverso* y heterogéneo que surge de diversas situaciones socioeconómicas, culturales, generacionales, genéricas, etc. del sujeto; y conduciría a aceptar las múltiples formas de construir el feminismo y a la vez pensar en su articulación desde la *diferencia* y no desde la *uniformidad*.

El curso de la relación entre las feministas, las ONGs y las mujeres de sectores populares actualizó en cada momento el disenso y la heterogeneidad, no como fuentes de enriquecimiento o retos para la convergencia, sino como generadoras de conflictos y exclusiones, que dificultaron el encuentro de sujetos, identidades y discursos. Tal vez el *punto nodal* de los discursos iniciales (fijado en torno a *la clase* o *el género*) se resistía a la *articulación*,[25] subversión y *resignificación* que el contacto con el "otro" implicaba. Y cada vertiente exigió a la otra la asunción de su propio discurso como si fuera único.

Paradójicamente, si el feminismo expresa una crítica radical al *universalismo* uniformador y al *determinismo* marxista y pone de manifiesto la necesidad de reconocer la diferencia; la experiencia de casi toda la década pasada, nos muestra a un *feminismo histórico* que adopta un *universalismo* aplastante. Adopción desafortunada que nubla la comprensión y aceptación del "otro", que dificulta la construcción de una nueva hegemonía y de

[25] Para Laclau y Mouffe, el concepto *articulación* es toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica (1987:119).

una *democracia radical* en la que haya lugar para las diferencias y las diferentes. El *feminismo popular* tampoco se salva de esta crítica, pues si su propio proceso revela la dimensión genérica de su problemática y el hecho de que sus antagonistas no son sólo el capital y el Estado burgués, imagina que sólo "la clase" tendrá un lugar en la construcción de una nueva sociedad, y se niega a incluir al "otro" en esta empresa.

Creemos que los sujetos sociales carecen de una identidad racional última y que construir una hegemonía y una democracia incluyente implica analizar la pluralidad de posiciones del sujeto y abandonar la idea de un agente perfectamente unificado y homogéneo (Laclau y Mouffe, 1987:100), como aparecía la clase obrera del discurso marxista o las mujeres libertarias del discurso feminista. La búsqueda de la *verdadera clase obrera* o de las *verdaderas feministas* resulta ser un falso problema, que tuvo implicaciones políticas.

Por fortuna, aunque el grueso de los movimientos se mantuvieron separados, algunos núcleos de cada vertiente tendieron puentes de relación. Además, ni aquellas que estaban en los polos fueron inamovibles, pues ninguna identidad llega a establecerse de modo definitivo, siempre hay un cierto grado de apertura y ambigüedad en la manera en que se articulan las diversas *posiciones del sujeto* (Mouffe, 19?:85). Así, pese a que el largo y difícil parto del *feminismo popular* es poco valorado por muchas feministas, revela las mutaciones de la identidad de las mujeres del pueblo que en un inicio se negaban a reconocer la dimensión genérica de su problemática y a incorporarla a sus

proyectos; a la vez, hay *feministas históricas* y sobre todo el *feminismo* de las ONGs que enfatizan la necesidad de reconocer las diferencias políticas e ideológicas como condición para elaborar un proyecto común e incluyente.

IV. El cambio de terreno

Ciertamente, el *feminismo popular* había ido incorporando una *dimensión de género* a sus luchas reivindicativas y a su *imaginario político*, es decir, a sus acciones colectivas y al marco de significados con que se representaban como sujetos políticos, a sus formas de organización y a su proyecto de cambio social. Un *close up* al *feminismo popular* nos muestra a un conjunto de colectivos femeninos que transforman la vida cotidiana, que irrumpen en la vida social y a través de acciones muy concretas van reconstruyendo el concepto de lo *femenino*, modificando imágenes, y redistribuyendo funciones y poderes en todos los espacios de la vida; pero también nos muestra a unos colectivos con un discurso ideológico que articula estas prácticas a un *imaginario político* de corte revolucionario, que colocaba a "*la clase*" como el *sujeto histórico* y protagónico del cambio social. Esta perspectiva política sumada a los rasgos patrimonialistas, clientelares y corporativos del partido de Estado, condujeron a una postura abstencionista generalizada

entre la oposición de izquierda mexicana, con la cual el feminismo popular compartía la lucha social.[26]

En la segunda mitad de los ochenta, se van incubando cambios que rebasan ampliamente la dinámica interna de los movimientos de mujeres pero que inciden decisivamente en ellos. Si al iniciar la década se habla de una "agudización" de la crisis, al final de ésta se habla ya de la "década perdida". Para entonces, el Estado benefactor ha sido sepultado por las recetas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, y a la vieja "deuda social" se han sumado los estragos de las políticas de ajuste y del proyecto neoliberal.

Crecieron las desventuras sociales y económicas de capas cada vez más amplias de la sociedad, pero la beligerancia y sobre todo la perspectiva de las dirigencias de muchos movimientos gremiales y sociales empezó a cambiar: los descalabros que sufren sindicalistas, campesinos y colonos, obligan a modificar las tácticas políticas y las estrategias, pues el ajuste estructural igual cerró espacios de negociación salarial y canceló el reparto agrario, que redujo empleos o partidas para el desarrollo y el gasto social, de modo que, paradójicamente, la lucha reivindicativa que antes intentaba disminuir los grados de

[26] Moguel (1987:78) señala que "El radicalismo característico de la etapa que siguió al movimiento estudiantil de 1968 unificó prácticamente a toda la izquierda en una común posición abstencionista -incluso activa- en el terreno de la participación electoral. Las razones que dieron base a este acuerdo tácito unitario fueron relativamente similares, y estuvieron referidas a una concepción que, más allá de los distintos matices prevalecientes sobre la mayor o menor madurez de una situación política revolucionaria, se expresaba en la idea de que el capitalismo mexicano... iniciaba, desde el 68, un corto o largo proceso de crisis o de estancamiento, agotaba en consecuencia todas sus posibilidades de avance y desarrollo 'democrático burgués'... y se enfilaba hacia formas de dominio estatal autoritarias o fascistas si las fuerzas populares no le salían al paso y le daban un vuelco democrático popular de esencia o proyección necesariamente socialista."

explotación y hacer efectivos los derechos sociales, se redujo a una simple defensa del empleo, de la tierra, de la vivienda... el nuevo combate era casi tan sólo por seguir siendo explotados. A cambio de los viejos pactos sociales, se ofrecieron programas sociales de "combate a la pobreza", pero las políticas económicas eran más eficaces en la producción de pobres que los programas sociales en contrarrestar sus efectos.

Aunque muchas mujeres de los sectores populares vincularon sus demandas a las nuevas políticas sociales, el neoliberalismo condenó al fracaso a un sinfín de luchas reivindicativas, las agrupaciones sociales y gremiales estaban acorraladas, con escasas posibilidades de éxito, el descontento y la tensión social crecían, pero las antiguas fórmulas de lucha no surtían efecto. No sólo el neoliberalismo exigía la búsqueda de alternativas inéditas, una sociedad más participativa y autónoma, así como la debacle del mundo socialista, clamaban por un cambio. Con el derrumbe del "socialismo real" se desdibujó y se puso en cuestión un horizonte político que daba perspectiva a las luchas reivindicativas inmediatas. La movilización social empezó a buscar nuevos asideros y cauces.

En ese contexto, la fractura del PRI y la salida de su "corriente democrática" encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, contribuyeron a conformar una amplia fuerza opositora aglutinada primero en el Frente Democrático Nacional, y despúes, en el Partido de la Revolución Democrática. Fue hasta el 88 cuando la disidencia espontánea y la organizada, cuando la inconformidad que alimentó luchas sociales y gremiales, la que condujo a

reivindicaciones socioeconómicas o a ideologías liberadoras, la que alentó el ejercicio de la democracia directa y el sueño de la revolución y el socialismo, y también la inconformidad de las mujeres, confluyeron en un espacio cívico desdeñado durante décadas y fue hasta entonces que se empezó a construir un movimiento ciudadano inédito en nuestro país.

Por primera vez en el México posrevolucionario, la *lucha social reivindicativa* encontró un espacio de convergencia con la *lucha ciudadana*. Y es que en nuestro país, durante décadas, la movilización ciudadana siguió un curso divergente al de la acción popular reivindicativa en tiempo, coyuntura, estructura orgánica, base social e interlocutores. Ciertamente, la acción ciudadana y la acción social reivindicativa fluyeron por cauces distintos, pero hubo y hay en estos procesos un origen común: la injusticia económica y su correlato, el autoritarismo político; también hay entre estas dos vertientes de la acción social, un ideal democrático compartido que los hace potencialmente convergentes (Bartra, 1992:25). En el 88 la crisis económica y social se desdobló en crisis política y la lucha social devino insurrección ciudadana.

La arena política, la *política formal*, la representación ciudadana, la lucha parlamentaria se constituyó en el nuevo *espacio sintetizador* y *articulador* de fuerzas sociales organizadas y dispersas. Si en años anteriores la politización se expresó en una creciente movilización social y en una radicalización de las perspectivas del cambio social, a partir del 88 la política se *ciudadaniza*, la perspectiva del cambio

social empieza a fincarse en el voto, y el voto mayoritario fue de oposición. El 88 expresó no sólo el principio del fin del partido de Estado y del sistema político mexicano, sino una nueva perspectiva del cambio social, también mostró los límites de la democracia directa y la pérdida de consenso de una "vía revolucionaria" para acceder al poder. Con el 88 se abrió la disputa real de las fuerzas políticas por los votos y por los ciudadanos. Y se abrió también la disputa de los ciudadanos por el poder formal y la nación.

V. Ciudadanía y feminismo popular

Los testimonios y algunos documentos de aquellos años confirman que las mujeres de los sectores populares participaron activamente en la coyuntura del 88, como votantes, vigilando casillas o defendiendo el voto ciudadano. En el Valle de México construyeron una instancia frentista que aglutinó al feminismo popular y a muchas ONGs que apoyaban sus procesos: la Coordinadora de Mujeres Benita Galeana (1988) en la que participaron más o menos treinta núcleos femeninos. A través de ella se intentó responder a los retos de la nueva coyuntura sin renunciar a las antiguas reivindicaciones; los ejes definidos por la Coordinadora fueron: la democracia, el derecho a la vida (la sobrevivencia) y la lucha contra la violencia hacia las mujeres (Espinosa y Sánchez, 1992:35). Sin embargo, muy pronto esta instancia perdió fuerza y las mujeres de los sectores populares

se "perdieron" en sus organizaciones sociales o genéricas, o bien en la dinámica de la vida partidaria.

Al mismo tiempo en que el *feminismo popular* perdía el protagonismo alcanzado en años anteriores, el *feminismo histórico* y sobre todo el *feminismo social* de las ONGs, avanzaban en la construcción de un discurso de género con una dimensión ciudadana al involucrarse en la discusión de políticas públicas, en el impulso de campañas de *acciones positivas*,[27] en demandar cuotas mínimas de representación y en promover candidaturas de mujeres independientes o de partidos con una perspectiva feminista.

Parte de los problemas del *feminismo popular* para insertarse en los espacios civilistas se asociaron a que su acción colectiva discurrió en el espacio social, la política-política era más inaccesibe para ellas y, aún las que habían logrado acceder a los órganos de dirección de sus organizaciones sociales, se ubicaban en *espacios informales* de la acción popular. Dos saltos cualitativos tendrían que dar para ubicarse en el nuevo terreno: por un lado vincular la *acción social* con la *política*, y por otro, articular la *política informal* con la *formal*, la *democracia directa* con la *democracia electoral*.

Los desafíos eran grandes, pues la condición cultural, laboral y económica que implica el ser mujer en los sectores populares trabó su desempeño en este nuevo espacio.[28] Pero como

---

[27] Programas que intentaban contrarrestar las desventajas de las mujeres con medidas concretas como la campaña "Ganando espacios" que surgió del V Encuentro Nacional Feminista.

[28] Massolo (1994:18) señala que la política formal exige la existencia de individuos independientes, autónomos, libres y jurídicamente iguales. Atributos irreales para las mujeres de los sectores populares no sólo porque la participación femenina en política formal tiene menos de medio siglo, sino porque el camino para ejercer estos derechos ha

dice Massolo, esa forma peculiar de subordinación que las decalifica para ingresar con plenos derechos a la política formal, será la misma que las califique para actuar en la vida pública, pues su acción individual y colectiva responde precisamente a estas condiciones. Lo femenino popular muestra primero el perfil, la identidad de madre y ama de casa, pero en su versión pública politizada (1994:36). Así pues, el ingreso del feminismo popular a la lucha ciudadana, necesariamente arranca del rol tradicional de las mujeres, no para reafirmarlo desde un *esencialismo maternal* que, además de falso, puede profundizar la desigualdad genérica, sino para transformar desde ahí la vida personal, política y social.

Por otra parte, adentrarse en la *política formal* y sus instituciones: parlamento, partidos, leyes, reforma política, etc., insoslayable pero difícil para las feministas y los grupos que emergen a la lucha civilista, resulta complejo para estas mujeres agobiadas por la crisis y con rezagos educativos y sociales. Y es que, aun cuando la definición formal y legal de la *ciudadanía*[29] resulta estrecha para analizar los medios y los modos de participación y construcción del ciudadano, también constituye el *quid* del asunto, pues sin este referente institucional y formal, la participación social y política, la construcción de

---

estado sembrado de obstáculos: las mujeres no son autónomas, libres e independientes ni física, ni económica, ni emocionalmente; además el cumplimiento de funciones tradicionales femeninas en condiciones de pobreza y marginalidad también las limita.

[29] Dicen los artículos 34 y 35 de la Constitución que son ciudadanos aquellos que hayan cumplido 18 años y tengan un modo honesto de vivir. Los ciudadanos están facultados para votar en elecciones populares, ser votados para cargos de elección popular, asociarse para participar pacíficamente en asuntos políticos del país, tomar armas en el Ejército para defensa de la República, y ejercer en toda clase de negocios el derecho de petición. *Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos*, Editorial Trillas, México, 1994.

nuevas relaciones y formas de vida no necesariamente aterrizan en una *democracia ciudadana*.

El paso necesario se volvió en parte un trago amargo, pues su pertenencia a grupos y organizaciones políticas y sociales con una tradición abstencionista las hacía desconfiar de las elecciones como vía para el cambio, sus propios camaradas vivieron grandes confusiones, turbulencias y conflictos en aquella coyuntura electoral. Así que no sólo habría que vencer los obstáculos que implica el ser mujer del pueblo para ingresar a la política-política y tratar de entender sus formalidades, sino vencer la resistencia que ofrecía su propia identidad: *desconstruir* el discurso abstencionista, y construir otro que rescatara la participación electoral. Este complejo proceso condujo a que algunos núcleos del feminismo popular fueran simplemente rebasados,[30] otros, pese a su activa participación, mantuvieron una actitud incrédula y recelosa ante las elecciones, los partidos, los gobernantes y los políticos.

Votar entonces, participar en el proceso electoral, implicaba en realidad un movimiento más profundo de las identidades, pues el abstencionismo era parte de un discurso y de un horizonte de cambio protagonizado por *la clase*. El nuevo

---

[30] El testimonio de una de las dirigentes más reconocidas de la Regional de Mujeres y de la Unión de Colonos de San Miguel Teotongo ilustra este hecho: "Muchas compañeras y yo no estábamos de acuerdo con la alianza política para las elecciones. En junio del 88 vino Cuauhtémoc Cárdenas a la colonia, se juntaron como diez mil personas, la gente estaba animadísima. Las bases nos rebasaron, pero no las bases organizadas, sino las desorganizadas. Después de ese mitin varias nos fuimos convenciendo de que la gente quería un cambio a través del voto. También nos dimos cuenta de que era una nueva posición, porque antes del 88 no votaban. Algunos compañeros y también algunas compañeras, siguieron preguntando que por qué votar por Cárdenas si era un ex-priísta, y que para qué votar si las cosas seguirían igual y nosotros nunca habíamos creído en los votos" (entrevista a Clara Brugada, 1991).

terreno de la lucha obligaba a reconocer el criterio de *igualdad universal* de la ciudadanía, aceptar que todos los sujetos tenían un derecho igual al suyo para intervenir en el presente y proyectar el futuro, significaba renunciar a los "privilegios" otorgados a *la clase* y al sueño de la revolución y de la dictadura del proletariado; partía de un desencanto y de un reconocimiento del fracaso de la vía imaginada para el cambio; en lugar de aquella quimera tendría que abrirse paso un *pluralismo* político ajeno hasta en el nombre, y una óptica democrática *incluyente*. También su relación y percepción del Estado estaba transformándose, pues aquel aliado de la burguesía al que había que confrontar, se convertía de pronto en un espacio digno de ganar. En resumidas cuentas, insertarse en la arena cívica significaba aceptar la existencia y validez del *"sistema democrático-burgués"* y la inviabilidad de la revolución.[31]

En este sentido, la participación en los procesos ciudadanos implicaba una *desconstrucción de las identidades* y de los *imaginarios políticos* de estos sujetos sociales, a la vez vez que produjo un *efecto retotalizador* sobre estas dimensiones del sujeto. Allí radicó buena parte de la complejidad del proceso, pues como dijimos antes, la reconstrucción de identidades y discursos no se da sin conflicto ni consiste en meros fenómenos lingüísticos, sino que debe atravesar la cultura toda:

---

[31] Una pregunta que surge a partir de este argumento es ¿Qué tan hondo había calado el discurso revolucionario en el feminismo popular? La respuesta tentativa es que el discurso marxista de la izquierda post-68 se elaboró entre los sectores populares más como una ideología, que como una teoría, más como una doctrina que como una filosofía, y que este discurso influía decisivamente en los movimientos sociales aunque expresara los aspectos más ideológicos y dogmáticos del marxismo, pero no por ello menos significativos y profundos.

instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las que se estructura una formación discursiva (Laclau y Mouffe, 1987:125). Este proceso, que ya en el plano individual es complicado, tuvo que desarrollarse en colectivos, precisamente en aquellos donde actuaban el *feminismo popular* y sus "organizaciones de clase". Tal vez una de las razones por las que el *feminismo popular* pierde capacidad de respuesta, radica precisamente en los tiempos de elaboración y la complejidad que este proceso adquiere en el ámbito social.

La *desconstrucción de identidades políticas* ha sido simultáneamente la *construcción de una identidad ciudadana*, pero en este proceso las mujeres tampoco volvieron a nacer, y si renuncian a viejos discursos maximalistas, no sepultan las aspiraciones de igualdad y justicia social que las condujeron a aquellas utopías, tampoco abandonan su lucha reivindicativa. Y si, como dice Gutiérrez, antes y ahora "ubicar al Estado como interlocutor es una forma de reclamar inclusión, de exigir reconocimiento, de demandar derechos, de hacer patentes, los rezagos, las injusticias, las ilegalidades" (en prensa:16), en la nueva coyuntura y en medio de la confusión y redefinición política que ésta exigía, la forma de enlazar la lucha reivindicativa con los partidos y la política formal, produjo distintos resultados. El feminismo popular, al igual que muchas agrupaciones sociales quedaron fracturados: algunos núcleos se insertaron en las redes clientelares del Estado o de los nuevos

partidos,[32] otros núcleos quedaron atrapados en los límites de una lucha reivindicativa,[33] mientras, la mayoría se colocó en la oposición de centro-izquierda representada por el Neocardenismo.

El bosquejo de este horizonte político obliga a *resignificar* el pasado y la experiencia social acumulada en años, pues la experimentación de nuevas relaciones sociales y genéricas y de otras formas de vida en los barrios populares, en las comunidades rurales, en los sindicatos, pueden ser base y pivote de una *ciudadanía participativa* que rebasa y enriquece la democracia del voto. Si el sentido de la lucha cívica es intervenir en las decisiones y asuntos públicos, la participación social y las acciones colectivas pueden ser el soporte de un régimen verdaderamente democrático. En otras palabras, para que la política formal tenga un contenido real, se necesita la *participación ciudadana* en el *espacio social*, no sólo en el *político formal*. Sin esta condición, no tiene sentido ni futuro construir un formalismo democrático que no de acceso a la ciudadanía para participar realmente en las decisiones y acciones

---

[32] Es ilustrativo el caso del Frente Popular Tierra y Libertad de Monterrey, que había logrado un alto grado de organización vecinal, pues a raíz del 88 y en los sucesivos procesos electorales se fue fracturando de modo que ya en las elecciones federales de 1994, una parte participó decididamente en la campaña del PRD, mientras otra fracción volcaba su apoyo al Partido del Trabajo, cuyos vículos con algunos salinistas y el oscuro origen de sus cuantiosos recursos económicos, parecían ubicarlo más como una "oposición de la oposición" perredista, que como una oposición al partido de Estado.

[33] Fue el caso de la Regional de Mujeres de la Conamup, que después de haber ocupado un destacado sitio en la construcción del *feminismo popular*, se eclipsó de la vida política y hasta del movimiento social. Muchas mujeres que forman parte de esta instancia participan activamente en sus colonias y agrupaciones vecinales locales, sus más destacadas lideresas participan decisivamente en otros espacios políticos, pero la instancia regional quedó prácticamente "sin cabeza", y se ha sumido en una lucha reivindicativa con menos expectivas de éxito, pues los nuevos programas sociales dejan escaso margen de acción.

que a todos nos afectan. Es ahí donde la experiencia acumulada del feminismo popular todavía puede aportar mucho.

Como Gutiérrez, creemos que: "No resultaría excesivo afirmar que la lucha por la ciudadanización de las mujeres y de muchos sectores marginados, hoy por hoy podría considerarse la matriz de nuestro presente político (y que), ante el fracaso de otras opciones, se ha convertido en el marco para orientar proyectos y luchas reivindicadoras; cuestiona formas de concebir y ejercer la política, abre la posibilidad de nuevas formas organizativas y nuevas formas de ejercicio de la ciudadanía." (en prensa:7). Vincular las acciones colectivas y las luchas reivindicativas del *feminismo popular* a un nuevo concepto de *ciudadanía*, es sin embargo un reto, pues en esta empresa también podrían recrearse vínculos corporativos entre organismos sociales, partidos e instituciones gubernamentales.

Lo colectivo entonces tiene un espacio y un límite, pues si el concepto legal de ciudadanía es reducido y puede conducir a un individualismo exacerbado, lo colectivo corporativizado conduce al autoritarismo y a la pérdida de libertad individual. Creo que una clave para evitar el neocorporativismo, radica en no confundir organismos sociales o gremiales con partidos. En este sentido, los núcleos de mujeres de sectores populares tendrán que reivindicar sus derechos sociales, defendiendo su autonomía política frente a partidos e instancias de gobierno, y tendrán que respetar la diferencia interna y la capacidad individual para tomar decisiones políticas.

Finalmente, habría que considerar que antes y ahora, la participación de estas mujeres obedece a una expectativa de cambio que se exprese en la vida cotidiana, en las condiciones de vida y en las formas de relación social y la política. Habría que preguntarse ¿hasta qué punto el voto ciudadano y los cambios sociales que implica la ciudadanización garantizan este cambio? ¿podrá revertirse la exclusión social que produce el actual modelo de desarrollo a través de una lucha ciudadana y de una transición democrática que parece modernizar la política pero se resiste al más mínimo viraje de la economía?

Bibliografía y hemerografía

Bartra, Armando, "La ardua construcción del ciudadano. Notas sobre el movimiento cívico y la lucha gremial", en Julio Moguel *et al* (coordinadores), *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, Siglo XXI-CEHAM, México, 1992.

Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos, Editorial Trillas, México, 1994.

Espinosa, Gisela y Lorena Paz Paredes, "Pioneras del feminismo en los sectores populares. La experiencia de CIDHAL 1977-1995", documento mecanografiado, 1988.

Espinosa, Gisela, "Mujeres del Movimiento Urbano Popular. 1983-85", en Alejandra Massolo (compiladora), *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, El Colegio de México, México, 1992.

Espinosa, Gisela y Alma Sánchez, *También somos protagonistas de la historia de México*, Cuadernos para la mujer, Serie Pensamiento y Luchas N° 7, Equipo de Mujeres en Acción Solidaria, Centro Michoacano de Investigación y Formación "Vasco de Quiroga", México, 1992.

Espinosa, Gisela, "Reflexiones sobre la participación social y la acción ciudadana de las mujeres del movimiento urbano popular", en *Las mujeres al fin del milenio*, CISAN-UNAM, PUEG-UNAM, COLMEX, y Centre for Research and Teaching on Women, MC'Gill University (en prensa).

Fraser, Nancy, "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente", en *Debate feminista*, Núm. 7, México, Marzo, 1993.

Gutiérrez, Castañeda, Griselda, "El ejercicio de la ciudadanía de las mujeres y su contribución a la democracia", en prensa.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1987.

Laclau, Ernesto, *Emancipación y diferencia*, Ariel, Argentina, 1996.

Lamas, Marta, "El movimiento feminista en la década de los ochenta", en Enrique de la Garza (coordinador), *Crisis y sujetos sociales en México*, UNAM/Miguel Angel Porrúa, México, 1992.

Massolo, Alejandra, "Introducción. Política y mujeres: una peculiar relación", en Alejandra Massolo (compiladora), *Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres*, El Colegio de México, México, 1994.

Moguel, Julio, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México, 1987.

Mouffe, Chantal, "La democracia radical ¿Moderna o posmoderna?", en *Leviatán* Núm. 55, Madrid, 19??

Mouffe, Chantal, "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", en *Debate Feminista*, Núm. 7, México, Marzo, 1993.

Scott, Joan, "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista", en *Debate feminista*, Año 3, Vol. 5, marzo de 1992.

Tovar, Yolanda, "La invisibilidad de las mujeres del movimiento urbano popular", en *El Cotidiano*, Múm. 84, UAM-Azcapotzalco, Fundación Friedrich Ebert, julio-agosto de 1997.

Tuñón, Pablos, Esperanza, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*, Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa, PUEG-UNAM, Ecosur, México, 1997.

Vázquez, Norma, "Esfuerzos por consolidar una franja compartida", en *Doblejornada* Núm. 34, 6 de noviembre de 1989.

Zolo, Danilo, *Democracia y complejidad. Un enfoque realista*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1992.